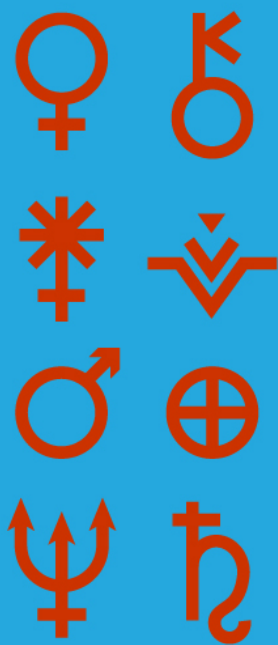


# El libro de las horas

RICARDO SILVA ROMERO



HABITAR LA VIRTUD



**El libro  
de las horas**

RICARDO SILVA ROMERO

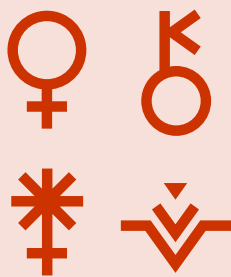


# La coherencia como camino

## PRÓLOGO

GONZALO ALBERTO PÉREZ

Presidente Grupo SURA



**E**scribir es un gesto de confianza en el futuro. Hay palabras escritas veinte siglos atrás que iluminan los días que vivimos. Sucede así con Séneca y sus cartas a Lucilio. Allí donde unos ven claridad, otros encuentran clarividencia y, muchos de nosotros, reconocemos sensatez y sabiduría.

Todos los seres humanos somos más humanos en nuestras búsquedas cuando comprendemos que no estamos solos. No hay método colectivo de supervivencia más eficaz.

*Habitar la virtud* es una invitación a convivir en paz con nosotros mismos y los demás. Cuando hablamos de virtud no estamos nombrando un cuarto blanco, aséptico y sin mancha. No nos referimos a la dicotomía moral individual, sino a la convicción ética colectiva e incluyente. Hablamos de la coherencia como camino para alcanzar la paz personal y, también, colectiva. Ser coherente no implica pensar lo mismo cada día, sino estar orientado por los mismos principios al momento de revisar nuestras acciones y tomar decisiones.

Páginas anteriores de esta misma colección editorial de SURA —*Habitar las contradicciones* (2022) y *Habitar la complejidad* (2021)— son pasos de comprensiones en el mismo sentido. En estas publicaciones encontramos la oportunidad de reflexionar, de conectarnos sobre lo que somos como humanidad, como personas. Y esto toma toda trascendencia en tiempos desesperados, esperados y esperanzados; tiempos que se suceden simultáneos y paralelos, en un mismo instante: esta hora que vivimos y compartimos.

Mientras las tecnologías en nuestra sociedad global cambian a velocidades vertiginosas, la naturaleza, las formas de rela-

cionarnos, incluso los alcances de la imaginación avanzan a un tiempo distinto; al final del día encontramos que nuestra transformación interior es más lenta. Por eso es coherente y pertinente el llamado a la calma que les dé equilibrio a esos ritmos en que vivimos y a todo aquello externo e interno que compone nuestra existencia.

La historia de la humanidad describe y descubre a lo largo de los calendarios el mismo peso de una palabra: incertidumbre. Nuestra experiencia humana es, también, la búsqueda del bienestar. Cabe entonces la pregunta por todo aquello que llamamos una vida buena. Y es allí donde encontramos el brillo de las enseñanzas de Séneca registradas en las veinte cartas aquí escogidas y adaptadas para compartir ahora en un lenguaje tan contemporáneo y vital como el pensamiento mismo que las concibió.

«Saber morir es saber vivir». Si se lee sin reflexión, esta puede ser una frase alarmante de Séneca, sin embargo, inspira todo lo contrario: es un llamado a ser conscientes de la existencia y a disfrutar de la naturaleza. Epicuro y Spinoza hablaron de esto. Conviene decir que lo que tiene en sus manos no es un distante tratado filosófico, mucho menos un elenco de consejos, sino una carta de navegación útil para reconocernos.

Razón tiene la siempre recordada socióloga e investigadora colombiana María Teresa Uribe de Hincapié cuando señala que las humanidades no viajan en la misma línea recta que lo hacen las ciencias exactas. Nadie, en sano juicio, cuestiona la aritmética ni reinventa la suma o la resta, más bien da un paso adelante y llega al álgebra y tanto después al algoritmo. En las ciencias humanas, en cambio, como ella señala, el viaje es

un constante ir y volver, con cambios de horizonte, con desencuentros y hallazgos. Nunca una senda definida, sino un paisaje por explorar.

Por eso un viejo pensamiento hoy vuelve a ser nuevo. Y de esto bien se ha ocupado Ricardo Silva Romero, quien, de manera sensible y cercana, nos muestra la cualidad de anticipador de Séneca, remarcando la vigencia de su planteamiento. Ambas reflexiones, contenidas en *Habitar la virtud*, nos confirman que la filosofía son los hechos, más que el pensamiento. El momento más pleno de la teoría está en la acción. Y por eso mismo, en tiempos en los que perseguimos afanosamente la quietud, el recogimiento es medicamento, como si no fuera posible alcanzarla con solo detenernos.

En estas cartas, Séneca nos habla de lo inevitable y de sus posibilidades de disfrute. Con discreción y determinación sopla y ahuyenta las nubes negras de los prejuicios que oscurecen miradas. Por eso al leerlo no nos asiste el temor a imitar a la mujer de Lot, que se convirtió en estatua de sal al mirar atrás. Hoy miramos al pasado buscando claves para actuar en el presente e iluminar el arte de anticiparnos. Y las encontramos.

Así que la salud de la humanidad, en su más amplio sentido, también pasa por la reflexión. La percepción es un concepto complejo que dibuja y desdibuja la realidad. Hace poco nos encontrábamos sumidos en la pandemia, en el confinamiento, en el dolor de tantas despedidas inesperadas. Ahora, breve tiempo después, la percepción de tantos es como si aquella pesadilla fuera un mal sueño vivido hace mucho tiempo. La realidad, sin embargo, nos recuerda que apenas comenzamos a vivir la consecuencia de todo aquello.



Es ahí cuando, nuevamente, son útiles las palabras compartidas por el filósofo al hablarnos en sus cartas *Sobre los miedos infundados*, *Sobre el valor de las cosas*, *Sobre disponerse para el azar* y —por supuesto— *Sobre el valor del tiempo*, entre otras de sus epístolas. En el tiempo en que es posible que nos sintamos solos, Séneca también nos acompaña.

En la esencia de SURA está proponer conversaciones, pensar con otros, construir entre todos. Por eso en estos dos tomos encontrará el diálogo fluido y cercano que sostienen dos plumas tan relevantes como distantes. El escritor Ricardo Silva Romero, una de las voces más importantes de la literatura colombiana contemporánea, habla con el filósofo romano Séneca, como lo haría Lucilio si esta fuera su época y tuviera la posibilidad de contestar tan profunda y nutrida correspondencia que recibió dos milenios atrás.

Estas son conversaciones necesarias y convenientes para los días que vivimos. No hay conflicto, grande o pequeño, desde una desavenencia hasta una guerra, que no deba terminar en un diálogo que haga posible el retorno a la armonía. La palabra vence a la violencia al final de cada historia. Allí vuelve, una vez más, la virtud entendida como gesto ideal para hallar el equilibrio y el bienestar propio y colectivo.

En sus manos tiene dos libros que son un puente de pensamiento a lo largo del tiempo. Dos libros que son, a la vez, llave y puerta que nos conviene usar y cruzar. Dos libros que encienden una luz inextinguible a la coherencia como camino. Dos libros para habitar la virtud, como una invitación al buen vivir, a que todos convivamos mejor como humanidad y en armonía con el lugar que habitamos.

# El libro de las horas

RICARDO SILVA ROMERO

EL LIBRO DE LAS HORAS



odo lo que está pasando ya pasó. Séneca, el filósofo limpio e hispánico que nació cuatro años después de la crucifixión de Cristo, consiguió suicidarse tiempos antes de que ciertas voces católicas hablaran de aquellas acciones que producían lo bueno y lo malo al mismo tiempo, tiempos antes

de que ciertos críticos modernos hallaran móviles humanos e imperativos categóricos por doquier, tiempos antes de que el vitalismo y el existencialismo y el nihilismo pusieran a la especie del siglo xx de pies sobre la incertidumbre, y el alma se convirtiera en un yo que es el jinete, el caballo y las riendas de una vez —y se echa en el diván y lee libros de autoayuda en los pocos ratos libres—, pero es lo justo y lo preciso decir que vio todo lo que puede verse en una sola vida.

No vio las gafas, ni el mundo redondo, ni los molinos de viento, ni los relojes mecánicos, ni la imprenta, ni los rieles del ferrocarril, ni el telégrafo, ni el cine, ni el radar, ni el computador, ni el internet. Dominó a los filósofos desde los presocráticos hasta los estoicos. Tuvo en sus manos las tablillas y los manuscritos del amanecer de la literatura. Conoció la *Iliada*. Conoció la *Odisea*. Se conmovió ante las parodias involuntarias de Aristófanes, de Ovidio, de Virgilio, pero no sólo se quedó sin ver con los ojos del cuerpo los libros de horas de la Edad Media, sino que se perdió la aparición de Beowulf, de Dante, de Hamlet, de don Quijote, de Cándido, de Raskolnikov. No se enteró del paso de la cultura de la fama a la cultura de la celebridad. No imaginó el delirio de las redes sociales. No supo de la peste de Constantinopla, ni de la peste negra del siglo xiv, ni de la viruela del siglo xviii, ni de la gripe española

de la Gran Guerra, ni del sida de los años ochenta, ni del virus apocalíptico de Wuhan.

Y, sin embargo, cuando uno lee sus 124 epístolas morales para un tal Lucilio, parece que él estuviera tratando de salvarnos de la vocación humana a malgastar la vida que se dio desde el primer siglo hasta el año pasado.

Séneca, hijo de Séneca el viejo, el retórico que alcanzó a contar la historia de Roma hasta los días de los cristianos, fue el gran magistrado y senador y consejero de los gobiernos más dramáticos del imperio. Nació en Córdoba en una reconocida familia de la provincia de Hispania. Sufrió los ahogos del asma desde que tuvo uso de razón. Fue niño en Roma. Fue joven en Alejandría. Fue adulto en Atenas. Volvió a Roma, a los 27 años, a tejer su vida en las arenas de la política. Llegó a ser el emperador detrás del emperador en los tiempos de Nerón, su pupilo, su discípulo amodorrado. Pero desde el principio de su viaje por las cortes del poder, cuando se convirtió en el principal orador del Senado, se vio negado, perseguido, desterrado y condenado a muerte porque pocos soportaron la brillantez de su voz: si hubo una víctima de la envidia, o sea, una víctima de la frustración y de la ruina de la integridad, ese fue el injuriado Séneca.

Todos los emperadores megalómanos de su tiempo, Calígula, Claudio y Nerón, ordenaron su ejecución: todos.

Todos sus enemigos le pintaron sombras que se desvanecieron con el paso de los años —adulterios y conspiraciones que nunca pudieron probarse y que pronto se olvidaron—, pues en los últimos tres años de su vida dejó por escrito su vocación a la virtud.

Como ciertos sabios de su tiempo, que cada tiempo tiene, sin duda, los que se merece, Séneca estudió con voracidad todo lo humano. Aprendió finanzas, geografía, ciencias. Bordeó los misticismos que se pronunciaban en aquellos días. Pero pronto se fue yendo calle abajo por aquella escuela filosófica, el estoicismo, que estaba cumpliendo trescientos años de enseñar —en muy pocas palabras— que si uno pudiera ver el esqueleto del universo se encontraría con una red lógica de causas y de efectos: sólo tenemos en las manos nuestras reacciones y nuestras reflexiones, y entonces sólo nos queda contener las bajas pasiones, y sujetar el deseo que entorpece y el miedo que distorsiona el ejercicio de estar vivo, pues todo se reduce a alcanzar el único bien que existe: la virtud.

Séneca, un estoico de la última ola, siguió el recorrido de Epicuro, de Zenón de Citio, de Crisipo, de Posidonio, de Catón y de Escipión en busca de una palabra que bastara para sanarlo. No supo en qué terminó la ética de las virtudes, que de Platón a Aristóteles fue comprendiendo que no se obra bien porque resulte útil para una comunidad, ni porque sea el deber de cada alma, sino porque la cumbre de una vida es obrar como un virtuoso, pero sus cartas a Lucilio siguen siendo el futuro y siguen sucediendo en el futuro porque sus asuntos son más pertinentes que nunca. Las llamadas *Epístolas morales*, 124 textos repartidos en 20 volúmenes y dirigidos a ese procurador romano que tiene cara de personaje de ficción, todavía hoy responden una y otra vez a la pregunta por cómo vivir una vida buena.

Según dicen los biógrafos, que se han pasado la juventud reuniendo las piezas de un rompecabezas de hace veinte siglos, las cartas se hallan en el orden en el que fueron escritas. Cercado por el envilecimiento de Nerón y esa pequeña corte de adula-

dores que lo cebaba hasta la locura, y devastado por la muerte de su aliado político Sexto Afranio Burro, Séneca logró retirarse de la vida pública. Viajó con su segunda esposa por el sur de Italia en busca de un aire mejor. Y entonces fue redactando las epístolas, o sea, las cartas abiertas, a un supuesto amigo, hechas para los lectores del año 62 después de Cristo —y para los lectores de ahí en adelante—, sin tener idea de que estaba acercándose a un género literario que habría de ser nuevo en unos cuantos siglos: el ensayo.

Escribió diálogos morales, tratados, tragedias y epigramas. Dejó hecha una sátira demoledora, *Calabacificación del divino Claudio*, en la que el cuarto emperador romano asciende al Olimpo para nada: para quedar reducido a esclavo gris, a burócrata. Quizás porque san Pablo conoció a su hermano mayor, la obra entera de Séneca llegó a manos de figuras de la Iglesia como san Agustín o san Jerónimo, en la cuesta de la Edad Media, interpretada como un gesto cercano al cristianismo. Sus ideas clarísimas, releídas con esas gafas que habrían de tomárselo todo, llegaron hasta el Renacimiento como un llamado a la igualdad, a la sobriedad, a la sensatez, al humanismo en tiempos infernales. Erasmo de Rotterdam publicó en 1515, o sea, catorce siglos después, una edición crítica de su trabajo.

Toda su obra sigue teniendo sentido. Habría que decir que fueron sus cartas tan cuerdas, no obstante, las que en los siglos siguientes calmaron las ansiedades de pensadores en pena como Descartes, Diderot, Rousseau, Quevedo y Baudelaire. Michel de Montaigne, la voz aguda que patentó el ensayo en su torre del siglo xvi, reconoció en alguno de sus textos que las cartas de Séneca le habían llegado a él para enseñarle a no tener miedo de morir: mientras llega ese último día, escribió Montaigne

en un texto recuperado para esta edición antológica, la razón luminosa deberá permitirnos la alegría de un buen vivir, y ese buen vivir, que es una promesa de las sagradas escrituras, es la suma de un placer ceñido a la virtud.

Han pasado otros cinco siglos desde que el francés Montaigne se valió del hispánico Séneca para entender lo que estaba tratando de entender. Podríamos haberlos dejado atrás a los dos porque después de ellos vinieron las batallas románticas por las independencias, las vacunas, las bombas nucleares, los viajes a la Luna, los multiplex en tercera dimensión y las nubes virtuales, pero seguiremos acudiendo a sus voces para resistir, para plantárseles a la manía de la violencia y a la cultura de la subyugación. Tenemos este par de libros en las manos porque Séneca sigue siendo una voz interior que nos sugiere ir despacio, día tras día tras día, en la tarea de despojarse de la bajeza y replegarse para respirar mejor.



Todo lo que va a pasarnos ya pasó. Esta edición antológica de las *Epístolas morales a Lucilio*, que lleva el título de *Habitar la virtud* y contiene veinte cartas milagrosas entre un paréntesis de Epicuro y otro de Montaigne que lo ponen todo en su contexto, son un remedio al vértigo de estos tiempos. En estos días de manuales para conseguir el éxito de los otros, de terapias con el objeto de hallar las riendas de uno mismo, de cursos para ser mejores que los vecinos, de opiniones a diestra y siniestra, de numerales virtuosos, de sermones de pocas palabras, de publicaciones de superación personal en las cuentas de Facebook, de hallazgos de último minuto hechos por los cientos de miles

de filósofos de las redes, de cancelaciones a quienes dan pasos en falso, Séneca sigue siendo la voz de un amigo admirable e imitable que quiere estar a la altura de la vida.

Tiene algo de terapeuta, algo de *coach*, algo de *speaker* de charla TED, de tallerista de sábado en la mañana, de padre confesor, de padrastro que sólo quiere lo mejor para su niño, de activista, de ambientalista, pero en sus palabras no hay rastros de banalidad, sino amor resignado por el mundo, y maestría.

El escritor romano Aulo Gelio habló en sus *Noches áticas*, dictadas en el 161 después de Cristo, cien años después de la huida de Séneca de la peligrosísima vida pública de la Roma de Nerón, de una serie de cartas a Lucilio que solamente él leyó. Jamás sabremos si en verdad existieron esos manuscritos y si en ellos había un par de sentencias milagrosas —yo creo que sí— como abracadabras para entender el mundo. Sí es posible asegurar que *Habitar la virtud* es un magnífico resumen, o sea, un retrato con todos los pliegues y todas las sombras, de aquellas epístolas en las que nuestro protagonista dejó dicho qué entendió del mundo. Y que sus conclusiones de viejo, más cercanas a las lecciones vividas en carne propia que a las moralejas, le hablan sin titubeos y sin regodeos a esta especie que está naufragando en las posverdades y que es capaz de vivir en vano una pandemia.

Digo que *Habitar la virtud* es un magnífico resumen de *Epístolas morales a Lucilio* porque en sus páginas la sabiduría de Séneca alcanza a brillar y a salirse de los márgenes, pero también porque, luego de leer las 124 cartas y de revisar estas 20 como leyendo un secreto que nos da ventaja sobre el mundo, es claro que estamos en el terreno de la literatura. Son cartas abiertas



porque nos tienen en mente. Pertenecen a un género que se dio en Egipto, se cultivó en la Grecia de los filósofos y luego sirvió bien a los apóstoles y a los primeros cristianos para dar la noticia de que bastaba con volver prójimos a los extraños. Desde el Renacimiento, lejos de Séneca, poetas huérfanos como Petrarca, Erasmo, Garcilaso de la Vega, sor Juana Inés de la Cruz, Quevedo o Bécquer supieron partir de allí para articular sus descubrimientos sobre las trampas de la vida en la Tierra.

Harto de los juegos mentales de su aristocracia, del ajedrez inescrupuloso entre las mujeres y los hombres de la alta sociedad, el oficial francés Pierre Choderlos de Laclos presentó en 1782 una extraordinaria novela epistolar llamada *Las amistades peligrosas*. Tiempo después, en la San Petersburgo de los zares, el joven teniente Fiódor Dostoyevski empezó a publicar en el *Petersburski sbórník* una serie de cartas de ficción que dieron como resultado la primera novela social: *Pobre gente*. Era claro, para ese momento, que el género tenía a los lectores de su lado: podía dirigirse a una persona real, porque entre más real y más concreto y más personal, más cercano sería a quienes lo tuvieran en sus manos, pero a la larga era un pretexto para lidiar con lo divino y con lo humano.

Como cualquier género literario, el epistolar tenía —y tiene porque por ahí anda— sus claves y sus recursos y sus reglas. La simpleza, la brevedad, la claridad, la flexibilidad, el vaivén de la narrativa al ensayo, la tendencia a las máximas, el elogio de la amistad y el juego con el destinatario solían encontrarse en esas cartas dirigidas a alguna persona pero leídas por todos. Las 124 de Séneca son puñados de consejos para ser un buen estoico, es decir, un disciplinado perseguidor de la virtud, en el contexto de un mundo lleno de desigualdades entre iguales que

—a pesar de ser vigilado por un Dios principal— sigue siendo un mundo habitado por pecadores y por esclavos.

Cada carta es, de cierto modo, un ensayo que no se sale de las manos, pero tampoco elude la belleza. Da vueltas alrededor de cualquier tema humano, que contradiga o subraye la virtud, desde lo más cotidiano hasta lo más filosófico, desde la dignidad ante la muerte hasta la influencia sobre las multitudes. Jamás se pierde en sus propias palabras. Lidia con gracia el fantasma de Epicuro. Cita otras voces del pasado en busca de una conclusión, y, sin embargo, jamás olvida que su propósito es darnos lecciones de vida. Yo no digo que mienta, no, digo que está haciendo ficción porque mientras escribe está pensando en la publicación, en la posteridad y en la comprensión emocional de la verdad. Hay artificio allí. Hay asuntos de fondo puestos en escena.

El yo, que en unos cuantos siglos será nuestro objeto de estudio y nuestro gran misterio, en las cartas sigue siendo el alma que lidia como mejor puede con el cuerpo, y la amistad es entonces el alivio de salirse un poco de uno mismo. Séneca se dirige a su Lucilio: nadie lo niega. Y, en el proceso, consciente de que todo el mundo está invitado a ese intercambio, se dirige al que está afuera de él, al otro, al lector que pone en marcha, y a su aire, lo que se le entregue. De alguna manera, la suya, nos demuestra que emisor y receptor son amigos, que autor y lector son amigos. Que la amistad se da entre necesarios y semejantes. Que la amistad tiene que ser un ir y venir de la presencia a la ausencia, de los encuentros en la calle a los mensajes de WhatsApp, pues es en la distancia cuando el uno va inventándose al otro y es en la presencia cuando el otro va diciéndose que el uno es de verdad.

En efecto, Séneca, hacia el final de la carta 55, insiste en que «la presencia nos vuelve melindrosos»; en que hay mucho de invención, de imaginación, en esa conversación en la distancia que es la amistad; en que un par de amigos son un par de ficciones, de recreaciones de la realidad, de presencias durante la ausencia. Si hay un primer asunto en las epístolas morales a Lucilio, que además es el gran asunto que atraviesa los veinte textos de esta edición especial, es la fortuna de dar con un amigo: de dar con un amor correspondido, con un mismo querer y un mismo no querer, con un reconocimiento constante de la brevedad de la vida por obra y gracia de la virtud. Si hay un tema relevante hoy, en estas noches de narcisismos e hiperconectividades, ese es el de la fraternidad.

Si hay una pregunta a responder en este cambio de era que estamos viviendo, en esta jornada larga en la que hemos sido el protagonista y el autor y el público de nuestras vidas, y en esta transición de economías atragantadas y democracias tambaleantes y géneros reconocidos a regañadientes, es qué tan capaces somos hoy de establecer contacto con un yo fuera de nuestro yo, con un alma fuera de nuestra alma.



recuerda la filósofa española María Zambrano, en su pequeño e ineludible ensayo de 1994, que Séneca es uno de esos clásicos de su tierra que conserva su popularidad «entre las capas más humildes de la cultura de un pueblo» y renace todo el tiempo «entre los cultos». ¿Por qué vuelve y vuelve y sigue volviendo treinta años después? «Vuelve porque le hemos descubierto como en un palimpsesto debajo de nuestra angustia,

vivo y entero bajo el olvido y el desdén», dice Zambrano. Dicho de otro modo, Séneca nos está hablando, sí, nos habla. Si consiguiéramos hacer silencio, que parece imposible en los días de las mil y una aplicaciones de los teléfonos inteligentes, tendríamos a la mano sus consejos para sobrevivir al ruido.

Séneca es un refugio: «Una vieja casa abandonada donde nos sentimos seguros», dice Zambrano, pero es también un enigma que busca «una nueva interpretación para liberarnos de su prestigio, pues todo lo que pertenece al pasado necesita ser revivido, aclarado, para que no detenga nuestra vida». Nació en Córdoba, en la España romana, pero no es solo un referente de su pueblo, sino del mundo, y no es solo una voz de su tiempo, sino de todos los tiempos, porque no se pierde en un laberinto filosófico ni es su propia lengua en la búsqueda de la verdad, y más bien pone sus ideas al servicio del drama diario. Su renacimiento en *Habitar la virtud* tiene que ver, me parece, con una cotidianidad revolucionada por la pandemia.

Habla el investigador ecuatoriano Samuel Guerra, en un importante ensayo de 2021 titulado *Filosofía y pandemia*, sobre cómo el pensamiento filosófico está viviendo un momento ideal para dejar de ser aquella lechuza de Minerva que aparece en la tarde cuando todo ha terminado de suceder y convertirse más bien en una herramienta transformadora que encare e ilumine lo que está pasando ahora. Guerra advierte que estos años son una nueva oportunidad para comprender que «el ser universal» no tiene que estar hecho a imagen y semejanza del imaginario moderno y eurocéntrico —y puede darse, por ejemplo, una metafísica anclada en la historia de cada lugar—, pero sobre todo sostiene que es un tiempo preciso para la reivindicación de la vida que en verdad nos iguala.

¿Cómo encontrar alivio en estas sociedades estrepitosas, estalladas, fragmentadas como espejos rotos, que parecen haber sobrevivido a una peste salvaje sin haber entendido ni una sola de sus lecciones? ¿Cómo hallar consuelo en estas épocas que han engendrado a esos falsos líderes, tan parecidos a tantos de sus seguidores, que hacen propaganda a sus mentiras hasta volverlas hechos? ¿Cómo recobrar cierto sosiego mientras las guerras son cebadas por los hombres de negocios, las multitudes reclaman sus derechos desde Cali hasta Teherán, los migrantes se lanzan a los mares con la ilusión de llegar a la humanidad? ¿Cómo sentirse a salvo dentro de uno mismo como dentro del ojo de este huracán? Hay voces que articulan la voz interior hasta dar algo de paz. Y la voz de Séneca sigue a la mano para sujetarnos junto al despeñadero.

Sus cartas son especialmente relevantes, especialmente oportunas, en este siglo XXI que durante tanto tiempo fue un presagio de la ciencia ficción. Desde el primer libro nos llaman a la lentitud, a la contemplación. Podría decirse, con los enloquecedores *posts* de Instagram sobre salud mental, que nos llaman a liberarnos de la adicción a la dopamina que nos traen las redes, a replegarnos, a alejarnos de las multitudes, a secundar a la naturaleza, a independizarnos de las noticias de última hora, a bastarnos a nosotros mismos para servirles a los demás. Son epístolas que entienden, con dos mil años de anticipación, que preferimos las sentencias a los discursos, que recibimos mejor los proverbios con aires de versos que las digresiones teóricas.

Hay en la sentencia —o sea, en la máxima contundente que es un atajo a la verdad— la convicción de que quienes hablan y quienes escuchan son iguales. Detrás de los aforismos se encuentra una confianza conmovedora en la capacidad que tienen

los lectores para imaginar una novela en un poema, para edificar un sistema filosófico en una oración. En ideas tan precisas como «vivir es aprender a morir», «la felicidad está en la virtud» o «ningún mal es un mal verdadero», que aparecen, palabras más, palabras menos, en las cartas de Séneca, empieza el monólogo de cada quien. Y, si tenemos tiempo para releerlas, «vivir es aprender a morir», «la felicidad está en la virtud» y «ningún mal es un mal verdadero», suenan a muletas para estos años de posverdades y de virus.

*Habitar la virtud* arranca por la primera de todas las cartas: *Sobre el valor del tiempo*. De inmediato, porque el tiempo se alargó en las cuarentenas y se esfumó en el regreso a las calles, es obvio que Séneca está hablándoles a la ansiedad y la paranoia de las gentes de ahora: «El tiempo transcurrido está ya en poder de la muerte», escribe lejos de la vida política, «libérate de ti mismo por tu propio bien», «atesora cada hora», «todo lo que tenemos, Lucilio, pertenece a alguien, excepto el tiempo: la naturaleza nos confió como única propiedad esta cosa, tan efímera y resbalosa». No es fácil dormir bien luego de tres años de pandemia. No es fácil volver al mundo luego de contraer el llamado «Síndrome de la Cabaña». Adentro y afuera, todo tiene ojos. Adentro y afuera, todo nos está arreando.

Al llamado constante y asfixiante a recobrar las noches perdidas en los encierros de los años pasados, «¡tenemos que vernos!», «¡tenemos que gastar el presupuesto!», el filósofo que lo ha visto y lo está viendo todo les responde con una carta —la número 7— que lleva el título de *Sobre las multitudes y los vicios*. Según Séneca, la multitud contagia, la multitud exprime: «Nunca regreso a casa con el mismo temperamento con el que salí», reconoce, «algo que había logrado calmar dentro de mí se

vuelve a perturbar». Las incertidumbres del 2020 recordaron, a quienes quisieron recordarlo, que la humanidad se retoma en el encierro, que conviene recogerse, ser capaz de estar adentro de uno mismo, siempre que sea posible.

Hay un lugar común muy triste que se aprende muy pronto y pocas veces se asume: «Con que una sola persona reciba lo que hago, estoy más que satisfecho». Séneca lo lleva aún más lejos en la carta número 7: «No temas haber perdido tu tiempo si has aprendido estas cosas para ti». Pero también se refiere a la tendencia de las redes sociales, de hoy, de irse repartiendo en pequeñas comunidades conformadas por las pocas personas que están dispuestas a entender lo que otro les está proponiendo: «Esto no lo escribo para muchos, sino para ti», había declarado Epicuro en alguna de sus cartas, «somos público suficiente el uno del otro». El sabio no depende de nada ni de nadie. El sabio no necesita un solo *like* porque no carece de nada. El sabio está bien: «No es feliz quien no piensa que lo es».

El infierno fue un submundo polvoriento al que regresábamos sin falta, se volvió luego un subsuelo hirviente, de la cultura de la trinidad, el pecado y la plegaria, al que iban a dar los enemigos de lo humano, y terminó siendo una alegoría del fracaso de la convivencia. Hoy el infierno es carecer: de lo mínimo, de lo básico, de lo propio, de lo sublime, de lo ideal. Crece la pobreza como una trama que va yendo al final. Crece el desplazamiento en el mundo. Crece la cifra de la violencia contra las mujeres y contra los niños. Pero también aumenta, hoy, la desazón. De acuerdo con los datos recientes de la Organización Mundial de la Salud, la OMS, cada 40 segundos se suicida un angustiado en el mundo, 400 millones de personas están deprimidas, y el 44,7 por ciento de los niños de Colom-

bia, que es un buen resumen de las trampas humanas, tienen serios problemas de salud mental.

Sin ansias de prevalecer, despojado de la necesidad de ganarle nada a nadie y de la manía de acumular ventajas sobre los demás, el sabio es capaz de soportarse a sí mismo porque nada le falta.

Durante los días más agobiantes del covid-19, cuando la gente dejaba los zapatos afuera de la casa y les rociaba alcohol a los racimos de bananos, salió a flote de una y otra manera la famosa sentencia con vocación de prueba de fuego del matemático francés Blaise Pascal: «La infelicidad del hombre se basa sólo en una cosa: que es incapaz de quedarse quieto en su habitación». El sabio puede hacerlo. El sabio puede descansar, desboarse, darle silencio a su sistema nervioso, recorrer el mundo sin moverse de su casa. Hay dos cartas maravillosas en *Habitar la virtud*, la segunda y la vigésimo octava, que se refieren al tema con precisión: *Sobre las mejores lecturas y viajes* y *Sobre los viajes y la insatisfacción*.

Séneca, decíamos, escapó en puntillas de su admirada pero peligrosa vida de senador en los años de los emperadores más arbitrarios, más alucinados de la historia romana. Cada uno de esos dueños del mundo que tarde o temprano se morían de la envidia, Calígula, Claudio y Nerón, terminó acusándolo de alguna traición para castigarlo por siempre y para siempre. Así conoció la condena a muerte y el indulto y conoció el destierro y el exilio. Como conté unas páginas atrás, fue en la expatriación y en el desarraigo, luego de renunciar a su lugar fundamental en la política y de ofrecer su fortuna a cambio de una vejez en paz, movido por el temor a hacer parte de los



rencores de los tiranos que tanto habían tratado de enlodarlo y de envenenarlo, cuando redactó como un testamento sus cartas a Lucilio.

Tenía claro y presente, pues, que viajar era carecer, que viajar era perder. Estaba constatándolo. Estaba viéndolo, como dicen, con sus propios ojos. Que el sabio puede irse sin moverse. Que el sabio suele quedarse, aun cuando emprende una travesía, porque tiene los pocos amigos que se tienen y hace las pocas lecturas que se requieren. Hay que estar. El hombre no es, sino que está. Es más provechoso leer varias veces, a fondo, un par de libros que contengan el mundo, y no acumular lecturas que se olvidan a la mañana siguiente. Vale más dominar un rincón del mundo que pasarse la vida asomándose a todos: «Necesitas un cambio de alma, no de clima», tiene claro en la carta 28, «la pesadumbre interior resulta más penosa en los viajes».

Todas las variaciones sobre la idea, presentes en la epístola, valen la pena. Pregunta Sócrates: «¿Por qué te sorprende que viajar no te haga ningún bien, si eres tú mismo a quien sigues llevando de un lado para otro?». E insiste: «¿Qué alivio vas a encontrar en visitar nuevos lugares, en conocer otras ciudades y países?». E insiste: «¿Quieres que te diga por qué estos viajes no te reconfortan? Porque escapaste contigo mismo». Vive mejor, más cerca de sí mismo, quien no se siente enjaulado en su casa. En un cuarto puede hallarse todo el aire y toda la extrañeza que se necesitan para la investigación de la realidad. La verdadera amistad, que no hay un logro mayor, se da en el hábito, en la coreografía nuestra de cada día: en la convivencia, jornada tras jornada, con el amigo.



ómo vivir bien, sin dañar ni hacerse daño a uno mismo, en este mundo enervado en el que cada vez es más difícil llegar a la noche sin haber sido escrutado. Cómo lidiar de niño a viejo con el panóptico continuo e implacable, o sea, con el «Truman Show», en el que estamos naciendo. Cómo no hacer el ri-

dículo de día y de noche sin pretenderlo. Cómo no venirse abajo, como un niño sin defensas, cuando algún semidiós de las redes sociales se conceda el derecho a definirlo, a juzgarlo, a negarlo, a reducirlo, a despreciarlo a uno. Cómo sacudirse a esos líderes mentirosos e inescrupulosos que le echan leña a la hoguera de los extremismos. A riesgo de terminar este párrafo como un comercial de televentas, hay que reconocer que Séneca tiene, aún hoy, las respuestas.

A partir de la carta número 13, *Sobre los miedos infundados*, presenta una serie de claves para soportar la pasarela estridente de esta época. Según un reciente informe de la OMS, desde el primer año de la pandemia, el bisiesto 2020, tanto la ansiedad como la depresión aumentaron en un 25 por ciento en todo el mundo. Hay terapias. Hay terapeutas. Han crecido las redes de apoyo porque ha ido cediendo poco a poco, muy poco a poco quizás, el machismo que durante tantos siglos despreció el tema de la salud mental. Pero nada como escucharle a Séneca la amable invitación a evitar a toda costa «la mala imaginación»: la tendencia humana a imaginar males supuestos, futuros, que son verosímiles, pero no son ciertos.

El verdadero estoico, que se ha despojado de las fortunas veleidosas, que no vive detrás de los hechos y los accidentes, sino

en el contexto de la virtud, «ve en el mal la posibilidad de un bien» como los chinos que ven en la crisis una oportunidad: «Son más las cosas que nos atemorizan, Lucilio, que las que en realidad nos afectan; y con más frecuencia sufrimos por lo que imaginamos, que por lo que en efecto nos pasa», escribe Séneca al comienzo del segundo libro de las epístolas. «Es probable que se nos presenten algunos problemas, pero no es algo que esté ocurriendo en el momento. ¡Cuántas cosas inesperadas ocurren! ¡Cuántas de nuestras expectativas nunca se hacen realidad! Pero incluso aunque en realidad vaya a ocurrir algo, ¿qué beneficio trae anticipar un sufrimiento? No tardarás en sufrirlo cuando llegue; mientras tanto, permítete esperar lo mejor». Sí, vivimos acorralados por nuestros vaticinios ominosos: «Nos preocupa el presente o el futuro, o ambos al tiempo». Pero el sabio no es desgraciado hasta no serlo.

El sabio no depende de los giros de las tramas. ¿Y si gana las elecciones el candidato que no me gusta? «Van a elegir a un déspota. ¿Qué te importa cuál de los dos vaya a vencer?», contesta el filósofo que nos ocupa, «puede vencer el mejor, no puede dejar de ser el peor quien haya vencido». ¿Y si la gente se divide en dos, los unos a la izquierda y los otros a la derecha del pueblo, como en aquella trama de Astérix que se llama *La gran zanja*? No hay nada por hacer, no, un hombre sabio no tuitea «quédense con su país» ni se larga a vivir a Miami antes de que esto se vuelva Venezuela porque no necesita atraer al pueblo hacia su persona. Un hombre sabio repite «vamos a ver qué pasa», como un mantra, pues ya ha aprendido que ni el libreto ni la puesta en escena están en sus manos.

¿Qué puede hacer? Según la carta 16, puede dedicarse a la filosofía, a seguir los dictados de la naturaleza, a ordenar la vida.

Según la carta 33, puede estudiar a los grandes genios, de principio a fin, hasta convertirlos en guías de la mente. Según la carta 42, puede aferrarse a la moderación, al hablar pausado, a la justa valoración de las cosas, a la correspondencia que se vale del lenguaje íntimo para ser más eficaz que los discursos. Según la carta 43, puede vivir a la vista de todos porque la buena conciencia no teme al público y de nada sirve esconderse y evitar las miradas de los demás. Según la carta 44, puede despojarse de lastres para permitirle al alma que se eleve por encima de las fortunas y las desgracias. Según la carta 47, puede darles trato humano a los esclavos, sí, reírse de esos espíritus finos que consideran una bajeza cenar en compañía de quienes han tenido menor suerte y viven convencidos de que usarlos en la alcoba es un derecho: «Trata a tus subalternos como te gustaría ser tratado por tus superiores», les dice.

Todos somos esclavos: «Uno es de la lujuria, otro de la avaricia, un tercero de la ambición», dice Séneca, «todos los hombres son esclavos de la esperanza, todos esclavos del miedo», y se refiere, hoy, como ciertos terapeutas compasivos e ingeniosos que hacen lo posible para ir caso por caso, a los patrones de conducta que nos empujan hacia las frustraciones.

Cómo librarse de las trampas mentales que nos animan a tomar la vía equivocada. Cómo acallar las voces que nos susurran que no somos capaces de lo que nos gusta ni tenemos el talento que podría hacernos libres. Cómo sacudirnos los «para qué luchar» o los «quién me creo yo para emprender esta proeza». Séneca responde que la lectura es un camino, y repite, hacia el final del quinto libro de las epístolas, que «importa leer no muchos, sino buenos libros». Pero también propone, a partir del volumen octavo, a partir de la carta número 91, *Sobre disponerse para*

*el azar*, renunciar a la obsesión por los negocios, aferrarse a la honestidad como un bien, confiar en la eficacia de la escritura, mantener cierta melancolía ante las catástrofes.

Séneca recuerda las ciudades que se han derrumbado «con un solo sacudón de un terremoto» para llegar a la conclusión de aquella resignación que no es reconocimiento de la derrota, sino aceptación al final del duelo: «Los dioses lo han decidido de otro modo». La expresión precisa es «firmeza interior frente a la inconstancia de la fortuna». Y, en medio de un cambio climático que ha convertido «apocalíptico» en sinónimo de «realismo», es un recordatorio de que tendríamos que plegarnos —la palabra, de nuevo, es «resignarnos»— a la Tierra. «El invierno trae el frío: tenemos que sufrirlo. El verano nos devuelve el calor: tenemos que soportarlo. La inclemencia del tiempo ataca la salud: tenemos que sufrir la enfermedad», explica.

El tema de la epístola 16, *Sobre la filosofía y la felicidad*, es clarísimo: Hay que seguir los dictados de la naturaleza. Por estos días, en nombre del legado devastador de la especie humana, se ha estado insistiendo e insistiendo en considerar esta era de la historia de la Tierra como «el Antropoceno». Séneca, que estudió y describió el tema en un tratado titulado *Cuestiones naturales*, tuvo claro que se daban las catástrofes que había que aceptar igual que órdenes, pero, como buen estoico, murió pensando que la naturaleza era una red perfecta en la que todo tenía una razón de ser y todo sucedía porque tenía que suceder. Dios está aquí y allá, está en esto y aquello. Dios escribe lo que estamos viviendo. Y cualquier tormenta de estas en verdad es un destino.

¿Es el cambio climático obra de la Providencia o es una traición de los pueblos desquiciados? Séneca, que sepamos, jamás

imaginó semejante debacle, pero sí insistió en que plegarse a la naturaleza era plegarse al destino: al plan de Dios. Diecisiete siglos después, el naturalista alemán Humboldt se dedicó enteramente, en sus viajes por las selvas y por los ríos, a hallarles el sentido a las formas sin formas del mundo. Y entonces el filósofo norteamericano Thoreau logró, en las páginas de Walden e influido por semejantes proezas, «vivir deliberadamente sólo para hacer frente a los hechos esenciales de la vida, y ver si no podía aprender lo que tenía que enseñar, y no descubrir al morir que no había vivido».

Asumió, como Séneca y como Humboldt, que estar vivo era escuchar la vida e ir a su paso. Y también dejó dicho que el sabio está del lado de la naturaleza.

En la epístola 103, *Sobre el peligro que viene del hombre*, Séneca le recuerda a Lucilio que «la tormenta amenaza antes de desatarse, los edificios crujen antes de derrumbarse, y el humo es el anuncio de un fuego; pero el daño que causa un ser humano es inmediato, y entre más cerca esté, con más cuidado se esconde». Es probable que esté de acuerdo con la vieja afirmación, de unos siglos más tarde, «el ser humano no es sólo el depredador por excelencia, sino que es su propio depredador». Quiere dejar en claro lo importante que es observar a los otros: «Debes reflexionar sobre los peligros que corres a manos del hombre, con el fin de encontrar cuáles son tus responsabilidades como persona», escribe, «permanece atento a unos para evitar que te hagan daño, y a otros, para evitar dañarlos».

El hombre ha sido su propio depredador y el depredador de la Tierra, como señala la ciencia, pero también ha sido su autor. Es de temer. Pero es, también, digno de clemencia. Séneca invita

a asumir al prójimo, «debes alegrarte con todos en sus logros, y simpatizar con ellos en sus problemas», como se asume a los personajes de un drama. De nada sirve nada, ni la política, ni la religión, ni el arte, si no es para modelar el espíritu, para regir las acciones, para educar, en fin, las pasiones, y alcanzar la compasión. Ni siquiera la filosofía, semejante malabarismo de la mente, se funda en las palabras: también la filosofía —dice Séneca— se funda en las obras. Desde la epístola 27, *Sobre el esfuerzo personal por la virtud*, vuelve a ser obvio que el mundo debe venir de la virtud e ir hacia ella.

A partir de ese texto se insiste en la importancia de librarse del temor al dolor y a la muerte: «Lo único que se debe temer es al temor», dice Séneca antes de que lo diga Churchill, «no caemos repentinamente en la muerte, sino que avanzamos hacia ella poco a poco». Mientras tanto, hay que ser dueño de uno mismo. Hay que habitar plenamente, conscientes de que huir es imposible, un cuerpo que envejece entre el azar y la fortuna bajo la mirada asombrada de Dios. No es fácil. Nadie dijo que lo fuera. Nos pasa el tiempo por encima y no es fácil dar con la divinidad porque está adentro de nosotros. Hay demasiado ruido para dar con la Providencia. Hay trampas en la mente y trampas en la realidad. Pero hay que adueñarse de uno mismo para desembocar en la tranquilidad.

*Habitar la virtud* cierra con una carta, la 105, que desde su título se hace la pregunta que nos estamos haciendo: ¿Cómo vivir tranquilos? Cómo recobrar el derecho a dormir sin sobresaltos. Cómo hacer las paces con un mundo, el de hoy, que nos obliga a exponernos y a explotarnos. Ya se ha dicho porque él ya lo ha dicho, pero esta epístola recoge lo que hemos estado subrayando: conviene sentirse a salvo en la soledad para no depender de

los juicios de los vecinos, conviene sincronizar la imaginación con el presente para no pasarse la vida vaticinando el horror, conviene mediar entre el pensamiento y la naturaleza para dejar de pensar en la vida como un enemigo a vencer, conviene observar a los demás en defensa propia y en el nombre de la compasión, conviene triunfar y ser feliz adentro de uno mismo, lejos de todos, para no despertar los perros bravos de ninguno: la humildad salva.

Estas son las palabras precisas: «Para no ser temido te será suficiente tener una fortuna moderada y un carácter dulce». Estas son las que siguen: «Habla poco con los demás y mucho contigo mismo». Hoy en día, con el WhatsApp y el Twitter y el TikTok a la mano, la reflexión ha sido sustituida por la reacción, y la narración, que espera a que la historia termine para poder contarla, ha sido reemplazada por el comentario desde el lugar de los hechos. Son claves el razonamiento, la prudencia, la cordura, la pausa si se quiere evitar la mala conciencia y la injusticia. Resulta fundamental vencer la envidia: no sólo se trata de no sentirla, que no sentirla es prueba de que tenemos la vida que queremos, sino de no fabricarla.

Dice Séneca que muchos se refugian en el desprecio del otro con tal de protegerse. Tendría que ser de otro modo, por supuesto, tendría que valorarse la suerte de los demás, pero una cosa es despertar la envidia y otra muy diferente inducirla: vivir para producirla. Tiene éxito quien pasa de largo por la fortuna: «Puedes esquivar los deseos de los inescrupulosos siempre que no poseas algo que estimule su codicia; la envidia, si no alardeas de tus propiedades, si aprendes a disfrutar en privado; el odio causado por una ofensa si no provocas a nadie; y del injustificado te proteges con el sentido común», leemos, con



Lucilio, hacia el final de este libro. Y vienen a la mente tantas vidas alejadas de los reflectores, dispuestas a la jornada y a la rutina, que cuentan sus bendiciones de puertas para adentro. Cada vez es más difícil vivir entre nos porque las redes lo han cambiado todo. Pero aún se puede.



Hablé de los libros de horas unas páginas atrás. He estado pensando en esa tarea, la de componer a mano un cuaderno que sirva al propósito de atravesar el día de la mañana a la noche, porque aún estamos saliendo de una pandemia con garras que nos puso a pensar en la ficción del tiempo: en cómo se va y en cómo se detiene según los requerimientos de la trama, en cómo se desboca y en cómo se atraganta según lo que se esté viviendo. De cierto modo, vivir bien es tener las riendas del tiempo. Y escribir y leer son las dos maneras más efectivas de recobrar el control sobre las horas: desde el amanecer puede uno recorrer *Habitar la virtud*, carta por carta, consejo por consejo, para llegar al atardecer como a un triunfo del espíritu.

Según Séneca, vivir es, de alguna manera, eso mismo: llegar al atardecer, de acuerdo con los ritmos de la naturaleza, sin haberse perdido por el camino. Sí, «es un bien la celebridad después de la muerte», pues se parece a la inmortalidad y «constata la gratitud de los demás» con una biografía que fue sobre todo una buena conducta, pero en estricto sentido no tiene importancia lo que se diga de una vida, sino lo que se haya hecho con ella en busca de una muerte que en efecto sea un clímax: «Un día el alma dejará el cuerpo y se restituirá a los dioses para contemplar con plenitud la luz divina», dice Séneca, y recuerda

que el gran consuelo en la partida final de un ser querido es la comprensión de que «solamente se nos ha anticipado».

De la muerte venimos. A la muerte vamos. La muerte es la trasescena de la vida. La muerte es el contexto de la vida.

Cómo llegar a ella sin miedos ni arrepentimientos ni frustraciones ni soberbias humanas. Desde la epístola 11, *Sobre el sonrojo y lo que nos es innato*, está claro que lo primero que puede hacerse es «tener a alguien cuya vida nos sirva como modelo de conducta». Para corregir los defectos del cuerpo o del espíritu es preciso vivir de acuerdo con un patrón. Hay que imitar a la vejez. Hay que interpretar el papel que nos fue concedido, día por día, de la mañana a la noche como del nacimiento al fallecimiento, con la consciencia de esos actores que jamás olvidan que esta puede ser una última oportunidad. Hay que saber que cada cuerpo es un drama, y entonces su final es su sentido.

En dónde se puede hallar a aquellos maestros que lo son porque en ellos comienza una manera de hacer las cosas. En qué capítulo de la vida se logra dar con aquellos guías espirituales que rechazan la vanidad, que repiten que la elegancia está en la austeridad, que cada tanto se alejan de la locura de las masas, que conservan la cordura en el aislamiento, que pronto aprenden a restarse las arandelas de la existencia, que dominan, en los dos sentidos, los placeres, y saben que lo mejor es «mantenerse seco y sobrio cuando el pueblo está ebrio y vomitando». Están en todos los sitios y en todos los momentos, en las familias, en los colegios y en los trabajos, y basta con voltearse a notarlos para empezar la terapia. Y todos tienen en común una resignación a la experiencia del mundo que es una preparación para la muerte: vivir bien es vivir hacia el fin.

En su ensayo, que es también una bella declaración de principios y que a ratos parece una confesión, María Zambrano retrata aquella resignación —que es la cumbre del pensamiento estoico— como el momento en el que la ética resulta ser una estética: el sabio se encoge de hombros, pacta, cede, acude a la diplomacia entre la locura y entre la guerra «para conservar el estilo, para conservar la razón». Con el paso de los siglos, la fe en la naturaleza se convertiría en la fe en el hombre, pero Séneca sólo vio libertad y sólo encontró alivio en la entereza, en la paciencia: «Así ha sido siempre / Así me gusta / Así quiero que sea», canta Paul Simon en *Señorita With a Necklace of Tears*. Séneca pudo, además, poner en práctica la teoría. Pudo vivir soportando la vida y pudo entregarse a las decisiones del mundo. Notó belleza y notó razón de ser en la derrota. Se entregó a la muerte tal como lo aconsejaba.

El libro VIII de las *Epístolas morales a Lucilio* comienza con una carta, la 70, que lleva el estruendoso título —estruendoso hoy— de *Sobre justificaciones para el suicidio*. Vivir es dejarse morir. Vivir es esperar día a día, como poniendo en escena un libro de horas, sin afanes de irse ni de quedarse, el momento preciso en el que el alma sobrevive al cuerpo. «El asunto no es morir más tarde o más temprano —escribe Séneca—, sino el morir bien o morir mal. Y morir bien implica escapar de los riesgos de vivir mal». En otras palabras, vivir bien es morir bien: «¿Por qué esperar a la crueldad, sea de una enfermedad o de una persona, cuando puedo evitarme los sufrimientos, sacudirme los problemas y partir? Una buena razón para no quejarse de la vida es que no retiene a nadie contra su voluntad. Es buena la situación de la condición humana, ya que nadie es infeliz excepto por su propia culpa. Vive si así lo quieres; si no, regresa al lugar de donde viniste».

Podría leerse semejante asunto —más, aún, en estos días— como una temeraria invitación a quitarse la vida. No es eso, por supuesto, no hay desgarramiento ni hay oscuridad ni hay cinismo en esas palabras. Séneca está prediciendo, eso sí, la tanatofobia que nos ha empujado a que en este último siglo del mundo la gente sea condenada a morir en las trastiendas de los hospitales, sea enterrada en los extramuros de ciudades carnavalescas y sea despedida a espaldas de las cotidianidades. Séneca no vio la pandemia que obligó a los deudos a decirles adiós a sus muertos lo más lejos posible de sus cadáveres, pero sí que alcanzó a darse cuenta de lo doloroso y lo equivocado que es despreciar, negar la muerte.

Cuando Séneca volvió de su último viaje, con los veinte libros de cartas a Lucilio en su equipaje, fue notificado de que su discípulo el emperador desquiciado lo había condenado a muerte. De inmediato, hecho a la idea de que Nerón era un psicópata —un «psicópata» que, dicho sea de paso, jamás conocería el significado de aquella palabra—, organizó sus asuntos y puso en escena su propia muerte. Antes de que lo ejecutaran con crueldad, que iba a pasar, se cortó en vano las venas de los brazos y las piernas. Dicen que luego bebió cicuta y tampoco logró morir. Y que entonces consiguió que lo llevaran a un baño plagado de vapor para que el asma de la infancia lo matara: «No puedo respirar», se ha oído en estos años de virus y violencias.

Es, sin duda, el viaje accidentado hacia una muerte bella: una muerte, o sea, un regreso del alma a su mundo, que redefine el relato de un cuerpo. En la última página de *El día de la partida*, el cuento de Enrique Serrano, se retrata con maestría ese final esperado desde el principio: «Entra al baño y ya no vuelve a

salir, pues aquel vapor suspende su aliento, y su alma inicia el tránsito al Tártaro profundo y obscuro, al cual todos estamos destinados, sin excepción ni perdón», se dice. Y es claro que Séneca el estoico se va sin desilusiones, ni reclamos ni aspavientos porque desde la primera vez que volvió a Roma ha tenido claro en cuerpo y alma que el mundo está obrando como suele obrar. Y su final tiene algo de final en paz porque su muerte ha estado a la altura de sus palabras.

Séneca trató de vivir como dijo que había que vivir, y a veces lo logró, y a veces no, pero sin duda murió como juró que había que morir.

Y repito: el día de la muerte redefine la vida como el último endecasílabo de un soneto.

Qué les dice esa partida memorable a los vaivenes de nuestros tiempos. Qué nos dice que su propio cuerpo —o sea, el papel que interpretó su alma en la trama de su paso por la Tierra— haya tenido adentro el asma que lo salvó de morir a manos de un tirano. Qué nos muestran su dignidad, su apuesta por replegarse lejos del mundanal ruido, su vocación demencial a decir lo que se piensa y a obrar lo que se dice. Qué nos explica su empeño de morir como cualquier ser vivo que se va quedando sin aire. Qué clase de hombre se pasa los últimos tres años de su vida redactándonos un libro de horas para vivir mejor. Qué nos están mostrando hoy, obsesivamente, urgentemente, sus 124 cartas a la vista de todos.

Que vale la pena escribirse a uno mismo una vida que fracase noblemente en el empeño de la consistencia.

Y que ese escenario que es el mundo va a seguir cambiando en su camino atropellado a la virtualidad, pero, ya que el objeto sigue siendo servirle a la trama de lo humano, el lío de fondo va a ser siempre encarnar el personaje que nos toque en suerte con la convicción con la que aquella alma interpretó a Séneca.



# Créditos

El libro de las horas

Ricardo Silva Romero

**Autor**

© Del texto

Ricardo Silva Romero

© De esta edición:

Grupo de Inversiones

Suramericana S. A. Grupo SURA

Gonzalo Alberto Pérez Rojas

**Presidente de Grupo SURA**

Juana Francisca Llano Cadavid

**Presidente de Suramericana**

Ignacio Calle Cuartas

**Presidente de SURA Asset**

**Management**

Juan Fernando Rojas

Paula Cecilia Villegas

**Coordinación editorial**



**Asesoría editorial, selección de contenidos, edición y diseño gráfico**

Mesa Estándar

Juan David Díez

Miguel Mesa

Verónica Montoya

María Camila Henao

**Corrección de estilo y cuidado de la edición**

Catalina Trujillo Urrego

**Ilustraciones**

Elizabeth Builes

**Impresión**

Artes y letras S. A. S.

**ISBN**

978-958-53746-6-9

Primera edición, marzo de 2023

Impreso en Colombia

Queda prohibida, sin la autorización escrita de los editores, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.





sura 



### MONTE VESUBIO

Este volcán, que los romanos consideraban sagrado, es conocido como uno de los más peligrosos; a su alrededor habitan actualmente más de tres millones de personas. Son famosas, por su intensidad, las erupciones de los años 472 y 1631 d. C. Sin embargo, se recuerda con especial interés la erupción del año 79 d. C. que sepultó las ciudades de Pompeya y Herculano. A pesar de la tragedia, la ceniza y el flujo piroclástico, las mantuvieron intactas hasta que se descubrieron en el siglo XVI y fueron excavadas, poco a poco, hasta nuestros días. Ellas son la fuente material más directa del tipo de vida que se llevaba en la Roma clásica. Séneca murió catorce años antes de este episodio.

«Dominio Público *Mount Vesuvius by night, erupting with smoke, fire and lava, with houses on the Bay of Naples*». (1775)  
Grabado. Copia original. Tomado de:  
<https://wellcomecollection.org/works/a3zuy9x8/images?id=tm9557mv>.

Este libro fue impreso en los talleres de Artes y Letras S. A. S. Medellín, marzo de 2023. Para la formación de textos se utilizaron fuentes de la familia tipográfica *Sabon*, diseñada por Jan Tschichold en 1967. También se usaron las fuentes *Unit Pro*, –diseñada por Erik Spiekermann y Christian Schwartz en 2003–, y la fuente *Goudy Initialen*, –diseñada por Frederic W. Goudy, como letras capitales floridas, en 1900–.

El tiraje fue de 1.000 ejemplares impresos en papel Avena de 90 gramos.